

Juan Carlos Garavaglia, el pastuzo porteño.
Carmen Bernand

No sé cuándo ni cómo conocí a Juan Carlos. Eso fué hace años, quizás en Buenos Aires en casa de Marta Dujovne, quizás en algún congreso. El hecho es que en 1992 participamos a una presentación organizada por el Instituto Cervantes sobre el Descubrimiento de América. Nuestro común pasaporte porteño deshizo toda formalidad preliminar: era como si nos hubiéramos reencontrado después de muchos viajes. « Yo soy pastuzo », me dijo, porque sabía que había estado bastante tiempo en el Ecuador. Y como me reí me contestó, que él conocía muchos chistes sobre los pastuzos, y me contó uno, olvidado ya, pero gracioso. Para los nativos de la EHESS ese intercambio era insólito. Supongo que para ellos estas conversaciones obedecían a un código secreto cuya simpleza aparente resultaba extraña.

Juan Carlos y yo éramos miembros del CERMA, un laboratorio de investigación de la EHESS dirigido por Nathan Wachtel y posteriormente por Serge Gruzinski. El era « Directeur d'Etudes », yo « Professeur » en la Universidad de Nanterre. Contrariamente a los que constituían el cuerpo docente de la EHESS, yo iba al CERMA dos veces por semana y ocupaba el despacho de la « plebe », junto con los doctorandos. Un puesto clave porque por allí pasaba todo el mundo y dejaba sus informaciones, chismes, y comentarios, como quien se libera de algún bulto para poder seguir su camino. Pero antes de instalarme en « la plebe » pasaba por el despacho de Juan Carlos. Allí, bajo la protección de las cuatro paredes que contenían nuestras voces demasiado sonoras para Francia, tuvimos largas conversaciones. El me habló mucho de sus padres, de sus enfermedades y del fallecimiento de uno y otra. De los problemas que tuvo que afrontar después de la muerte del padre, de su separación, de su nueva pareja. Compartí muchas cosas de su vida privada que guardé como un tesoro secreto, una prenda de amistad. No todo lo que decía era penoso porque de tanto en tanto una anécdota de « allá », que él contaba con mucha gracia, matizaba la conversación.

Organizar un jurado de tesis fué siempre un rompecabezas, pero generalmente podíamos contar el uno con el otro. El día de la ceremonia fúnebre que se realizó en el Père Lachaise vi llegar a mi ex alumna Capucine Boidin con los ojos llenos de lágrimas, porque nunca había olvidado las palabras de Juan Carlos en su jurado ni sus consejos. Sé que otros jóvenes sintieron profundamente su desaparición. A mi me tocó estar en algunos jurados suyos, sobre todo cuando se trataba de temas argentinos – « acá no entienden muy bien como funciona lo argentino », me decía, sin duda para convencerme de aceptar esa carga. Libramos algunos combates académicos, como la memorable discusión sobre el colonialismo contra los partidarios de la escuela de François-Xavier Guerra, en la cual tanto él como yo nos exaltamos como cuando éramos jóvenes y redactamos unos textos que todavía circulan por internet; el seminario general del CERMA sobre música popular que dirigimos Christophe Giudicelli y yo ante un público muy numeroso (cosa que no solía ocurrir) que despertó algunas envidias que estallaron en un « clash » por parte de alguien cuyo nombre no quiero evocar aquí. Esa reacción fué tan violenta e inesperada que nos dejó sin habla, con la palabra en la boca a medio terminar. Ahí también la intervención de Juan Carlos fué fundamental, por su pertinencia y su sentido del humor. También tejimos una « trenza » bastante sutil (ese ejercicio ya lo habíamos practicado allá, en la UBA) para hacer entrar a nuestro Laboratorio a un joven investigador que apreciábamos ambos, Guillaume Boccara. En

algún momento pensamos en escribir juntos un libro sobre los esclavos y negros libres en Argentina, un proyecto que no cuajó porque suponía consultar muchos archivos provinciales y ninguno de los dos podía instalarse un año en la Argentina.

El período mas intenso de colaboración empezó a fines de los años noventa. Juan Carlos era miembro del Comité de Redacción de la revista *Etudes Rurales*. Pero ésta casi no funcionaba debido a una lucha interna entre varios miembros de dicho Comité, tan feroz como absurda. El arbitraje de Juan Carlos no podía calmar ese juego de egos, Jacques Revel se hartó de patrocinar una revista que salía cuando le daba la gana y es así como me pidieron por intermedio de Nathan Wachtel que asumiera la dirección. Aquí se llama a ese tipo de propuestas « un cadeau empoisonné », pero Juan Carlos me respaldaba y así fué como, a fuerza de trabajo, todo volvió a su cauce. Pero no fué fácil. Recuerdo todavía un asado que Juan Carlos organizó en su casa de Chantilly para « pacificar » las relaciones del Comité de Redacción. La facción « adversa » se instaló cómodamente, sin dirigir la palabra a la dueña de casa, reducida a pasar los platos como una camarera. Por suerte la carne estaba muy rica pero fué allí, en esa reunión de solapada violencia, que tomé la decisión firme de acabar con ese grupo tan desagradable y dañino. Ellos se quejaron ante Revel de mi « estalinismo » - « a vos que te importa ? », me decía Juan Carlos. Revel se puso de mi lado y la Revista salió adelante. Por supuesto con Juan Carlos !

Una de las particularidades de *Etudes Rurales* era que las dos secretarías de redacción se tomaban la libertad de reescribir los textos que, en su opinión, estaban mal redactados. Nadie les había pedido que lo hicieran, no tenían la competencia científica y muchas veces metían la pata y sus intervenciones ocasionaban justas quejas por parte de los autores. Tuve que revisar todas las correcciones cotejándolas con los originales y pelear « a pulso » con ambas que no aceptaban ese control. Las « chicas » eran nuestro gran tema de conversación, nuestra pesadilla, y controlar esas mañas adquiridas en la época en que la revista iba a la deriva me impidió participar en seminarios o simplemente asistir a presentaciones interesantes. Por suerte con Juan Carlos las tensiones se terminaban siempre con una nota cómica. Para cumplir con los plazos administrativos fijados por la EHESS había que movilizarse para reunir los textos. Lo hicimos, gracias a los amigos colegas que teníamos e inclusive pusimos alguno nuestro para completar.

Cuando Juan Carlos se instaló en Barcelona dejamos casi de vernos, pero él me mandó unas cien páginas de su manuscrito sobre la militancia para que le diera mi opinión. Desgraciadamente cuando el libro salió en Prometeo no pude pasar a buscarlo y pensé encontrarlo fácilmente en otro viaje. Me queda en suspenso el fin de esa experiencia, será en otra ocasión...